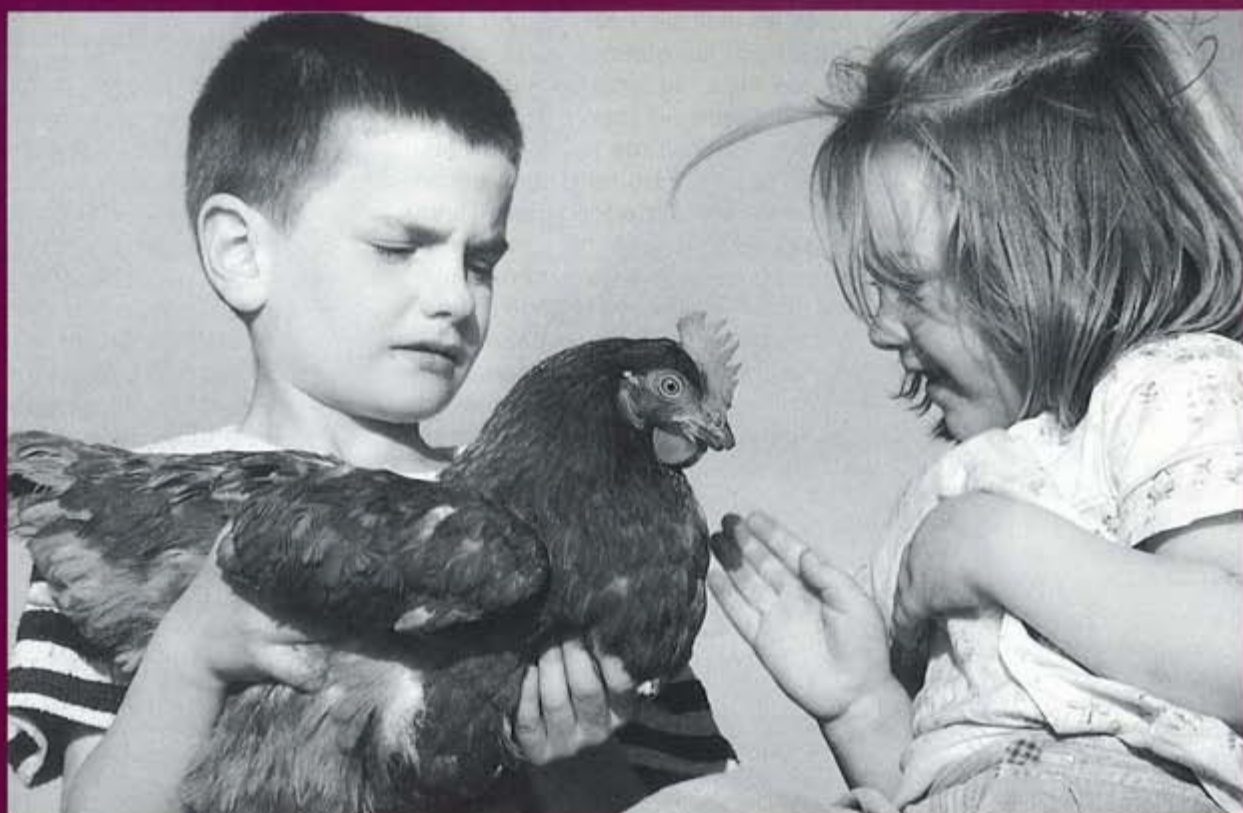


# POLITICAS NATALISTAS



**E**uropan azkenaldi honetan ditugun jaiotze-tasa eskasak, politiko, demografo eta jende askoren kezka piztu du azken urteotan. Europako herrialde batzutan jarri dituzte martxan jaiotze-tasa ugaritzeko neurriak, batzuren ustez inolako ondorio positiborik eman ez dutenak; beharrezkoak beste batzuren ustez.

Euskal Herrian bertan ere altxatu dira dagoeneko zenbait ahots arazo larri baten aurrean gaudela eta lehenbaitlehen irtenbide bat bilatu behar zaiola esanez.

Gai horren inguruan bi iritzi desberdin bildu ditugu eztabaidarako lagunduko digutelakoan.



## ANNA CABRÉ

Profesora Titular de la Universidad Autónoma de Barcelona y Directora del *Centre d'Estudis Demogràfics*.

Etimológicamente, la palabra *despoblación* procede del latín *depopulare*, devastar, y siendo efectivamente utilizada como sinónimo de *devastación* su connotación es universalmente negativa. Ello no es de extrañar. El miedo al decrecimiento demográfico hunde sus raíces en los atavismos de la especie humana. Durante miles de milenios, los humanos vivieron en el seno de grupos reducidos y aislados que por sus condiciones de vida se hallaban con relativa frecuencia al borde de la extinción. La supervivencia del propio grupo era casi siempre la única garantía de la supervivencia de sus componentes, puesto que la alianza sistemática con otros grupos a través de las reglas de exogamia parece haber sido un invento bastante reciente.

Tan atávico es el terror y tan reciente el hallazgo de su remedio, que a las postrimerías del muy tecnológico siglo XX y a dos pasos del interplanetario siglo XXI, grupos nacionales o étnicos que cuentan con decenas de millones de individuos siguen sintiéndose profundamente amenazados al mínimo signo de que su número pueda decrecer, aún ligeramente, o tan siquiera crecer menos que el de sus vecinos. El fervor por el propio crecimiento y el miedo ante el crecimiento ajeno parecen pues radicar en zonas inexpugnables del inconsciente de los pueblos, forjado en las primeras horas de su infancia como tales.

Sólo así se explica que en momentos en que el crecimiento demográfico a nivel mundial presenta niveles preocupantes, que implican el doblamiento de la población cada cuarenta años y que provocan un sinfín de problemas de orden ecológico, económico y político que no cabe exponer aquí, se plantee por parte de gobiernos, instituciones y personas sumamente respetables la puesta en pie de políticas natalistas.

Entiendo por políticas natalistas aquellas que tienen por objetivo primero actuar sobre el volumen de la población a través del fomento de los nacimientos. Los medios de que se valen tales políticas pueden agruparse en dos grandes categorías: los represivos y los incitativos. Son métodos represivos aquellos que prohíben y sancionan los comportamientos que tienden a reducir la fecundidad; así, se promulgaron ya en la antigüedad leyes que penalizaban la soltería o la infecundidad (lo que condujo a la figura de la adopción), mientras que en nuestro siglo han sido mucho más frecuentes las que penalizan la difusión de conocimientos y productos anti-conceptivos, así como el recurso al aborto. Estas políti-

## MANUEL FERRER

Director del Departamento de Geografía de la Humanidad de la Universidad de Navarra

Conforme pasa el tiempo y nos alejamos de la época en que el enunciado de la llamada explosión demográfica se hizo con mayor virulencia, otros escenarios presentan un futuro distinto al que comúnmente se escucha o se lee. En 1988 un demógrafo muy conocido, Bourgeois-Pichat, basándose en las Proyecciones de las NN.UU., diseñó entre otros escenarios uno de crisis de supervivencia de la humanidad por agotamiento demográfico. El trasvase a muy largo plazo de la actual involución demográfica desde los países industrializados al resto del mundo, comprometería la continuidad de la especie humana. Con ello se sumaba a otras voces que desde hace tiempo venimos señalando la gravedad del fenómeno de deterioro progresivo de la fecundidad, que en el mundo occidental se viene produciendo desde mediados de los años sesenta.

Es obvio que la extinción de la especie humana pertenece al campo de la ciencia ficción, lo que no deja de ser lógico aplicar también a la explosión demográfica. De todas formas, la estabilización de la población mundial, que la mayoría de las proyecciones sitúan a finales del siglo XXI, no deja de plantear problemas muy serios, porque una situación de ese tipo llevaría consigo un desequilibrio enorme en la pirámide de edades global.

Dejando al margen de los inquietantes futuros de la población mundial a muy largo plazo, nos plantearemos la cuestión de la involución en la actualidad, lo que indirectamente sirve en cierta manera para desvelar uno de esos futuribles. Fijaremos la atención en primer lugar sobre la Comunidad Europea, para después referirnos al País Vasco. En el intermedio haremos alguna alusión al caso del Estado español. Nuestro propósito es subrayar la carencia de políticas de incentivos a la natalidad en el marco del entorno demográfico al que pertenecemos, y demostrar la necesidad y urgencia de su implementación.

### LA EUROPA COMUNITARIA

Algunos testimonios institucionales a fines de los sesenta comienzan a mostrar cierta preocupación por el comienzo del declive de la fecundidad. Así, el Consejo de Europa publica un libro sobre ese tema, y en la Revista «Population Studies» aparecen los primeros artículos. Alfred Sauvy, en Francia, es muy pronto la figura que va a detectar con clarividencia el problema. No existe sin embargo, entre demógrafos y sociólogos, nadie que vaticine el modelo de fecundidad a que se



cas se extendieron por los países europeos tras la Primera Guerra mundial, siendo muy conocidas las establecidas por los regímenes de Hitler y Mussolini, pero también las que se basaron en la Ley francesa de 1920 y las que rigieron en la Unión Soviética tras el espectacular giro de 1935. Como caso más reciente hay que destacar, por lo truculento, el de la Rumanía hasta 1990.

Las políticas natalistas de carácter incitativo son, por otra parte, las que tratan de incidir sobre la cifra de nacimientos a través de la concesión de distintas ayudas de carácter cuantitativo (reducciones fiscales, prestaciones directas, permisos laborales remunerados) o cualitativo (prioridades en la concesión de vivienda, empleo y otros honores). Tales medidas se aplican generalmente de manera discriminatoria según el número de orden del nacido, el número total de hijos, la edad y la nacionalidad de la madre o la duración del matrimonio. Así, y partiendo de conocimientos o supuestos previos respecto



**Politika natalistek  
helburu argi bat  
daukate:  
populazioaren  
kopurua handitzea  
jaiotzak bultzatuz, eta  
hori lortzeko neurriak  
bi eratakoak izan  
daitezke:  
errepresiboak ala  
ekimenezkoak.**

a la relación de dichas variables con la fecundidad, se pretende administrar de manera óptima los recursos disponibles, a fin de obtener el mayor número de nacimientos con el menor volumen de gasto. Es decir, se trata de inducir y premiar aquellos nacimientos que sin incitación no se hubieran producido, dejando de lado aquellos que, según se supone, se producirían de cualquier manera.

Mucho se discute sobre la eficacia de las políticas natalistas. Si bien algunos autores, como O. Eckert, han cifrado en medio hijo por mujer los efectos de la continuada política natalista francesa, que ha adoptado las más diversas medidas represivas e incitativas desde 1920 hasta la fecha, lo cierto es que los niveles y cronología franceses se asemejan notablemente a los de Gran Bretaña, país socialmente comparable y que se distingue por la total ausencia de política demo-

llega a mediados de los 80. Según el nuevo modelo, que yo defino como involutivo, el estadio de final de la transición demográfica no es válido para explicar la dinámica de la población europea. Es necesario acuñar otro concepto para reflejar una situación imprevisible según la teoría sobre la evolución de las poblaciones en la sociedad contemporánea. La II transición demográfica, la postransición, la II Revolución demográfica (véase la Ponencia de Wunsch en el Congreso de Demografía del II Congreso Internacional Vasco) son nuevos conceptos que se aplican al dramático paso de la media de dos hijos por pareja a otra que va acercándose al hijo, y por tanto incapacita para lograr la necesaria renovación de las generaciones.

Una visión alicorta sería poner énfasis en las dimensiones del paro para justificar la ausencia de políticas de promoción de la fecundidad. No ocurre así en los países comunitarios, en los que el paro afecta a más de diez millones de personas. La antigua República Federal Alemana es el país que ha mantenido más tiempo un rechazo de este tipo de políticas, porque eran mayoría los demógrafos que consideraban a las nuevas tecnologías como reductoras de empleo. Hace años que la experiencia demuestra que las innovaciones ligadas a la Revolución informativa provocan distorsiones del empleo, pero no su disminución. Por fortuna para un país como Alemania, donde la involución es especialmente acusada, las políticas son hoy especialmente activas.

Una vez implantadas las políticas de promoción, interesa conocer sus resultados, esto es, evaluarlas para comprobar si ejercen los efectos deseados. Ya a fines de los 70 apareció en la «Revue of Population and Development» un artículo donde se planteaba este problema referido a Francia, Gran Bretaña y Suecia. La mentalidad liberal de nuestras sociedades constituiría el factor explicativo de la inadecuación entre los medios y los resultados.

En cualquier caso, Francia, que es el país con mayor tradición de control de natalidad y con mayor sensibilidad sobre el declive de los nacimientos, lo que explica a su vez el carácter pionero de las ayudas, ocupa hoy uno de los puestos más ventajosos en todo el continente.

El caso es que la implementación de políticas fiscales, de vivienda, educativas y sanitarias —laborales respecto a la mujer—, con la finalidad de aumentar la fecundidad, es una realidad en los países comunitarios. Lo cual no implica que sean suficientes. En la Europa del Oeste y del Este, hay que subrayarlo, existe libertad para no tener hijos, pero todavía no existe para tenerlos, puesto que tales políticas, o son insuficientes, o no constituyen el factor más importante para superar el problema.



gráfica, aunque sí ha venido desplegando, desde tiempo ha, una potente política social o «de pobres» que ya criticara Malthus en su momento.

No existe pues evidencia de que las políticas natalistas obtengan resultados operativos que las justifiquen desde un punto de vista práctico. Menos justificación tienen, en mi opinión, desde el punto de vista ético.

El principio de las políticas natalistas consiste, de algún modo, en forzar la voluntad de los padres y madres, llevándolos a procrear hijos que no tendrían sin la intervención pública y desentendiéndose de todos los demás. Se ejerce así una discriminación entre los nacidos que parecería indicar que el primero es el hijo de sus padres, el segundo el hermano de su hermano y el tercero y siguientes los niños del Estado, que paga por ellos. No es pues sorprendente que las políticas propiamente natalistas, que manipulan al ciudadano para extraer nacimientos como se extraen impuestos o mozos de leva, que tienen por finalidad el número y no el bienestar, gocen de poca popularidad.

No así las políticas sociales de ayuda a la maternidad y a la familia. La política social de ayuda a la maternidad y a la familia puede eventualmente tener efectos natalistas, pero no los persigue, o por lo menos no los persigue en primer lugar. Su objetivo es la justicia social y el bienestar de los ciudadanos, en particular el de los niños. Y el primer elemento en el bienestar de un niño es haber sido deseado por sí mismo y no tras arduos cálculos de coste-beneficio. También persiguen este tipo de políticas el bienestar de los padres y madres y, muy en particular, la emancipación de la mujer que sólo puede progresar si se compatibilizan de manera creciente la maternidad y el ejercicio de una actividad económica.

En materia de política de ayuda a la maternidad y a la familia es rigurosamente obligatorio el estudio del caso de Suecia, donde una política tendente a compatibilizar maternidad y actividad femenina, mantenida durante dos décadas, se ha visto por cierto acompañada, en los últimos años, por un sorprendente «boom» de la natalidad que hace actualmente de este país escandinavo el de mayor fecundidad de Europa. Algunos y algunas establecen, por supuesto, lazos causales entre ambos fenómenos.

En resumen, la política de ayuda a la maternidad y a la familia, adecuadamente concebida y formulada, es buena, es justa, es feminista y puede que hasta sea natalista. Si no lo es, sus otros aspectos positivos permanecen. No tiene contraindicación.

Así pues:

¡Política de ayuda a la maternidad y a la familia, sí!  
¡Política natalista, no!

## EL CASO DEL PAIS VASCO

En el marco de las regiones europeas, Euskadi se individualiza por haber experimentado un descenso más acusado y veloz de la fecundidad. En el supuesto de que siga la tendencia, se colocará a corto plazo al mismo nivel que el de las regiones del N.O. de Italia, que ocupan el último lugar del ranking europeo. De hecho Guipúzcoa se encuentra prácticamente en esa situación.

El panorama a largo plazo —lo mismo cabría decir del resto del Estado español con las debidas diferencias entre la mitad norte y la mitad sur—, se ensombrece por la nueva mentalidad de las generaciones jóvenes. Los mensajes contrarios a la familia emitidos por el sistema, y la valoración de la cultura hedonista entre los jóvenes y del individualismo, no parecen apuntar hacia un cambio de tendencia, sino a su agravamiento. En el País Vasco el problema se acusa más por las incertidumbres que plantea la salida a la crisis en una región de vieja

**Frantzia da, jaiotze-  
tasa kontrolari  
dagokionez, tradizio  
handiena duen  
herria, eta, era  
berean, umeen  
eskasiari buruzko  
sentsibilitate  
handiena erakutsi  
duena.**



industrialización, a lo que se añade el sentimiento relativamente generalizado de no haberse cumplido todavía la transición, con las secuelas que de cara a la vida tal actitud implica.

A partir de los supuestos anteriores, se comprende la urgencia de establecer medidas que faciliten el ejercicio de la libertad de tener hijos. Empezar políticas demográficas favorables a la fecundidad es, a nuestro entender, tan importante como la superación de la crisis socio-económica. Ambas finalidades enlazan con la capacidad creadora y de presencia activa en los marcos nacional y europeo que el País Vasco ha ejercido y necesita recuperar. En caso contrario, a largo plazo podríamos tener un escenario de yermo demográfico y cultural, en el marco de un país que habría dejado de pertenecer a uno de los Subcentros de la Gran Dorsal europea situada en el corazón de la C.E. ■